Karl Rahner

SENTIDO TEOLÓGICO DE LA MUERTE

Herder

Título original: Zur Theologie des Todes
Traducción: Daniel Ruiz Bueno
Diseño de la cubierta: Stefano Vuga

1.ª edición, 4.ª impresión

© *1958, Verlag Herder, Friburgo de Brisgovia*
© *1965, Herder Editorial S. L., Barcelona*

ISBN: 978-84-254-0396-0

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *Copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Imprenta: Publidisa
Depósito legal: B-36656 -2010
Printed in Spain / Impreso en España

Herder
www.herdereditorial.com

ÍNDICE

Págs.

Introducción 7

I. La muerte como hecho que afecta al hombre entero. 15
1. Universalidad de la muerte 16
2. La muerte como separación del alma y del cuerpo 18
3. La muerte como término del estado de viador. 29

II. La muerte como consecuencia del pecado . . . 36
1. La exención de la muerte en Adán 38
2. La muerte como culpa y como fenómeno natural. 39
3. Noción más exacta de la muerte natural, como condición de la posibilidad de ser acontecimiento de salud o de perdición 43
4. La muerte como castigo del pecado original . 52
5. La muerte como pecado mortal personal . . . 56
6. La muerte y el demonio 57

III. La muerte como manifestación del conmorir con Cristo 63
1. La muerte de Cristo 64
2. La muerte del cristiano como conmorir en Cristo 75
3. La visibilidad sacramental de la unidad de la muerte de Cristo y la muerte del cristiano . . 81
4. Excurso sobre el martirio 88

INTRODUCCIÓN

Al proponernos hacer algunas reflexiones sobre la teología de la muerte, son inevitables algunas observaciones previas, a fin de que el tema no sea mal entendido, desde su planteamiento, en su fin y limitación.

La fe y la teología están, sin duda alguna, estrechamente unidas, pero no son una misma cosa. La fe es la adhesión del hombre entero a la palabra de Dios que oye como tal de boca de la Iglesia. La teología es un esfuerzo metódicamente conducido para lograr una inteligencia refleja de lo que se ha oído y fielmente recibido como palabra de Dios. Ahora bien, la palabra de Dios sólo se recibe fielmente si de alguna manera es entendida. De ahí que la fe no se dé nunca sin alguna especie de teología, ni ésta sin fe, puesto que presupone la audición de la palabra de Dios. Sin embargo, la medida y extensión de la inteligencia refleja, lograda gracias al trabajo científico metódico, de la palabra de Dios oída y creída puede ser muy varia, y puede estar también garantizada en su exactitud en grado vario por la Iglesia. De ahí que la fe y la teología no sean una misma cosa.

De ahí surge, desde el primer momento, en un estudio sobre un objeto de la fe y de la teología, una dificultad

de método. El teólogo católico se propone hablar, por ejemplo, justamente de la muerte. ¿Tendrá que limitarse a decir sobre ella, con la máxima pureza, lo que es proposición expresa de fe, inmediatamente aprehensible en la predicación de la Iglesia y en la Escritura? En este caso, el teólogo sólo diría lo que él mismo ha «oído» real e inmediatamente. ¿O podrá también intentar dar a su oyente una visión sobre su ulterior trabajo teológico? En este trabajo, que no tiene la garantía inmediata de logro, que es patrimonio de la Escritura y del magisterio de la Iglesia, el teólogo intenta entender mejor lo que él mismo ha oído. Se trata, pues, de aquel ulterior trabajo teológico que empieza después de establecer lo que la Iglesia dice sobre el objeto de la fe, a fin de penetrar en una inteliligencia más exacta de lo oído inmediatamente en la fe, combinando las proposiciones particulares, confrontándolas con otras ideas y dándoles mayor precisión conceptual. Dada la inseparabilidad que, en principio, se da entre el objeto de fe y la teología, estas dos posibilidades de trabajo sólo relativa y parcialmente pueden disociarse. Sin embargo, no son absolutamente idénticas y están, por ende, a nuestra elección.

Nos damos perfectamente cuenta de que ya el tema primero, la exposición, hecha con la máxima objetividad, de lo que las fuentes de la fe dicen inmediata y expresamente sobre la muerte, sería suficiente; sin embargo, queremos intentar la segunda empresa, en cuanto lo permiten las estrecheces del marco de este estudio. Intentamos, pues, dar una teología, en sentido propio, de la muerte. Y ello, sobre todo, porque justamente en nuestro tema se puede lograr de este modo una inteligencia de lo que la fe nos dice sobre la muerte, superior a la que acaso resultara de un sencillo informe

sobre la sola doctrina expresa de fé acerca de ella.

Supuesta esta elección, hagamos aún, por prevención, algunas indicaciones acerca del método de esta empresa. El teólogo católico parte, en sus reflexiones, de las doctrinas de la Iglesia, tal como son propuestas a los fieles y, por tanto, al teólogo mismo por el magisterio de la misma Iglesia en la predicación ordinaria o extraordinaria como objeto de la revelación en la Escritura y en la tradición. El teólogo ha de empezar por establecer esa doctrina del magisterio de la Iglesia, lo cual es naturalmente para él tarea esencial y, en ciertas circunstancias, según el objeto, tarea también difícil. Pero, una vez fijada, esa doctrina ha de ser simplemente aceptada por él como supuesto inequívoco de su ulterior trabajo. Lo mismo poco más o menos que para el físico teórico el resultado del experimento, la doctrina de la Iglesia es para el teólogo un hecho sobre el que le es lícito reflexionar, no una opción que pueda discutir.

La manera como el teólogo establece esta base de su trabajo y justifica su punto de partida, es naturalmente cuestión que no podemos tratar aquí más despacio. Pero si no queremos poner de antemano en peligro lo que se diga acerca de la teología de la muerte, es indispensable recordar este fundamental punto de partida de todo trabajo teológico católico, punto de partida que es igualmente supuesto para la teología bíblica católica.

Dada esta situación, se comprende también, naturalmente, que la teología «teorética» sobre un determinado conjunto de cuestiones pueda contener mucho de oscuro, inacabado y problemático, aun cuando el punto de partida, es decir, los datos expresos de la doctrina de la Iglesia, en su formulación magisterial, sea tal vez

relativamente sencillo y claro. La cosa se agrava aún por el hecho de que tal teología «teorética» sobre los datos de la doctrina de la Iglesia no es posible sin el concurso expreso o tácito, consciente o inconsciente de métodos, conceptos, teorías y teoremas extrateológicos y, consiguientemente, metafísicos. Así se verá precisamente en nuestra cuestión. No puede, pues, sorprender que, en largos trechos, lo que aquí va a decirse sea más bien un inventario de cuestiones teológicas que de respuestas; y aun el inventario resultará sólo parcial.

Todavía nos queda algo que decir por vía de introducción. La muerte es lo más trágico de la vida humana. No en balde designa la Escritura la situación del hombre diciendo que está sentado en las tinieblas y sombra de la muerte (Lc 1, 79). La experiencia de la historia, que es la nuestra, ha hecho que esas sombras se abatieran también terriblemente sobre nosotros. De ahí que pueda tal vez parecer empeño irritante querer describir esa muerte, con todo pormenor, de manera al parecer existencialmente desinteresada, con un complicado aparato de conceptos metafísicos y fórmulas teológicas, y hablar de ella como si fuera la cosa más inocente del mundo o un tema adecuado para explayarse a su gusto los especulativos de la filosofía y la teología. Esta impresión es inevitable. Mas, si no queremos sufrir la muerte en torno a nosotros y en nosotros pasivamente, con inerte resignación; si debemos y queremos más bien enfrentarnos con el destino de la muerte como hombres que no sólo somos materia, sino también espíritu, y esperarla con corazón alerta y ojos abiertos; si hemos de saber como cristianos que, con palabras de Ignacio de Antioquía, «es bueno para mí morir en Jesucristo» (*ad Rom* 6, 1), entonces puede ser también importante

y buena una teología de la muerte, que no se espanta del sobrio trabajo de los conceptos, aun cuando aparentemente convierta la experiencia estremecedora de la muerte real en un espectro fantasmal de ideas y teologúmenos.

Empezamos así inmediatamente el tema que nos hemos propuesto. Tenemos, pues, de una parte, que preguntarnos una y otra vez qué nos dice, con certeza y claridad, la fe cristiana acerca de la muerte. Pero la simple exposición de la doctrina de fe no implica en modo alguno que lo que se cita como proposiciones de fe sobre la muerte sea todo lo que de hecho está contenido en la revelación y alimenta la conciencia cristiana sobre ella. De hecho, puede ser que la revelación encierre mayor riqueza. Pero, en todo caso, lo que se presenta de modo más inequívoco para el estado inmediato de la conciencia cristiana es la predicación expresa de la fe. Y, a la inversa, lo que nosotros diremos pertenece a este estado inmediato de la predicación de fe con la garantía de la autoridad del magisterio de la Iglesia. A ello puede luego, por otra parte, añadirse en cada caso lo que antes, en una comparación, hemos llamado teología «teorética». Nuestro procedimiento metódico es, consiguientemente, siempre el mismo: exponemos brevemente, por su orden, los datos fijos de la doctrina de fe de la Iglesia sobre la muerte y, en cada uno de esos datos, tratamos de avanzar, por lo menos, un trozo más hacia la ulterior problemática y especulación teológica que resulta de cada dato o puede enlazarse con él.

Este procedimiento tiene la ventaja de que las proposiciones de la doctrina de fe se expresan, por lo menos hasta cierta medida, de modo suficientemente extenso y claro. Y tiene la desventaja, y de ello nos da-

mos bien cuenta, de que así no puede construirse una teoría de la muerte realmente sistemática, un todo claramente definido, equilibrado y amplio de esta teología. Efectivamente, la doctrina expresa de la Iglesia no está impulsada por una necesidad sistemática. En el modo como la enuncia y en la intensidad con que la acentúa, etc., dentro de cada momento de la revelación, depende de circunstancias históricas, pues hay efectivamente una evolución en la enunciación expresa de lo revelado por Dios. Al tomar, pues, nosotros por hilo conductor de nuestras reflexiones la doctrina expresa de la fe sobre la muerte, no es fácil surja un todo sistemático de una teología sobre ella. Hasta cierto punto, sólo podemos intentar, en avances parciales, penetrar en un terreno oscuramente conocido, pero no tomarlo de modo uniforme cartográficamente. Pero querer ofrecer aquí más sería temerario. Es sencillamente imposible por razón del objeto mismo y de sus posibilidades. Además, de intentar de antemano una exposición sistemática de la teología de la muerte, sería inevitable relegar demasiado a segundo término la enseñanza expresa de la Iglesia y poner en el primer plano teoremas teológicos privados, de modo más indebido de lo que ya de suyo tiene que suceder y efectivamente sucede, de su fundamentación inmediata.

No por eso, sin embargo, nuestro trabajo deja de tener cierta división objetiva. Se hallan, en efecto, evidentemente, entre las proposiciones de la doctrina de la Iglesia sobre la muerte, unas que convienen a toda muerte humana, y otras que cualifican la muerte de manera que no todos mueren así. La Escritura conoce, por ejemplo, la muerte del pecador, la muerte que es expresión y consecuencia de la perdición culpable del hombre, y conoce, a su vez, un conmorir con Cristo

en que la muerte no queda reducida únicamente a su carácter de castigo del pecado. Hay, pues, evidentemente, enunciados de carácter dogmático sobre la muerte que se refieren a ella en cuanto es acontecimiento común a todos y anterior a la constitución existencial del hombre, es decir, a su situación en el plan de la salud y vida sobrenatural. Y hay enunciados que tienen en cuenta según la situación en que se encuentre respecto a Dios el hombre que muere y, por consiguiente, dan una visión clara de las diferentes posibilidades de la muerte. De ahí se sigue la primera división *grosso modo* de nuestras reflexiones. Hemos de considerar primeramente aquellos enunciados sobre la muerte, existencialmente neutrales, que la caracterizan como acontecer común a todos (I). Seguidamente consideraremos la muerte en cuanto es precisamente hecho decisivo del hombre pecador, en que halla su expresión plena y su castigo la perdición del hombre por el pecado (II). Y, finalmente, tenemos que considerar la muerte en cuanto en ella culmina la aplicación de la salud fundada en la muerte de Cristo (III).

I

LA MUERTE COMO HECHO QUE AFECTA AL HOMBRE ENTERO

Respecto al tema de nuestra primera consideración, el curso de nuestro razonamiento resulta de la siguiente reflexión. La muerte es un hecho que, en un sentido que ahora precisamente vamos a definir, afecta al hombre entero. Ahora bien, el hombre es una unidad de naturaleza y persona, es decir, un ser que posee, por una parte, una subsistencia, previa al libre albedrío personal, que sigue sus propias leyes determinadas y tiene, por tanto, su propia evolución necesaria; y, por otra parte, ese ser dispone libremente sobre sí mismo y, por tanto, es definitivamente lo que él determina hacerse dentro del ámbito de su libertad. La muerte, consiguientemente, ha de tener un aspecto natural y otro personal. El primer aspecto está visto por la doctrina de la Iglesia, con el lema muerte, como la separación del alma y del cuerpo; el aspecto personal se expresa diciendo que con la muerte termina definitivamente el estado de viador del hombre. Si a estas dos consideraciones anteponemos unas breves palabras sobre la universalidad de la muerte, tenemos trazada la marcha de nuestras primeras reflexiones: la universalidad de la muerte (1), la muerte como separación del alma y del cuerpo (2), la muerte como consumación de la formación personal del hombre (3).

1. Universalidad de la muerte

Pertenece en primer lugar a lo que la fe nos dice sobre la muerte la afirmación de su universalidad. Hay una cuestión particular de que podemos prescindir aquí: la cuestión de los hombres que vivirán aún al fin del mundo y en el momento del segundo advenimiento de Cristo. Estos hombres, según san Pablo, no pasarán propiamente por la muerte, sino que serán inmediatamente transfigurados en el cuerpo definitivamente glorificado (1 Cor 15, 51; 1 Thes 4, 14 ss). Aparte ésos, es proposición de fe que todos los hombres están bajo la ley de la muerte y que de hecho todos mueren.

La proposición, a primera vista, parece proceder de una experiencia inductiva. Sin embargo, por su fuente, que es la palabra revelada de Dios, por su extensión, que no es realmente evidente, a todo el futuro humano imaginable, y, sobre todo, por su motivación, que recibe de esa revelación divina, la proposición de la fe tiene un carácter totalmente distinto que el de la otra proposición, en apariencia la misma, procedente de la empiria humana. Lo que la fe dice sobre la universalidad de la muerte no tiene nada que ver con el oscuro problema de la necesidad de la muerte, fundada puramente en motivos biológicos, pues esta universalidad de la muerte de que nos habla la revelación no tiene a la postre su fundamento en la necesidad biológica, sino en lo personal del espíritu humano y en su relación con Dios. El hombre muere porque es pecador. Y, a la inversa: por el hecho de que todo hombre muere, recibe la universalidad de la caída del hombre su más dura expresión en la experiencia humana. La muerte, biológicamente vista, podrá parecer un «desorden» o ser el

término necesario de todo ser viviente que, como tal, tiene una dirección histórica y, consiguientemente, un fin. La discusión biológica sobre la causa de la muerte, de la edad fisiológica de morir, está muy lejos de haber terminado, y podrá terminar de manera muy diversa. Pero no afecta en absoluto a la proposición de fe sobre la inevitable universalidad de la muerte ni a su fundamento. Si realmente no se sabe por qué muere toda vida pluricelular y particularmente el hombre, el motivo que da la fe, es decir, la catástrofe moral de la humanidad en el primer padre, es el único motivo de la, en definitiva, indiscutible universalidad de la muerte. Esta universalidad tiene entonces en su razón teológica la certidumbre de que, aun en lo futuro, la muerte seguirá siendo una de las necesarias potencias del existir humano. La muerte no será jamás eliminada. Pero también pudiera darse una motivación «natural» de la muerte, ora por vía química, ora de modo propiamente biológico en el más estricto sentido. Comoquiera que fuere, siempre se podrá decir, para justificar la fe en la causa de la universalidad de la muerte, que estas causas «naturales», por don extraordinario de Dios, no se hubieran podido realizar en el estado paradisíaco del hombre. El desencadenamiento, por tanto, de las causas naturales de la muerte puede reducirse siempre a una causa que radica en la historia moral y espiritual del hombre. La muerte, pues, tiene su verdadera y última causa en esta historia espiritual del hombre, si bien la ejecución se deba a causas naturales.

La muerte es universal. En esta universalidad se manifiesta la caída del hombre, por el pecado, en la muerte. Toda la vida humana está dominada por la muerte. Ahora, cómo todo ello influya concretamente en la vida del hombre, qué importancia positiva y negativa tenga para

la vida entera del hombre la finitud humana que en la muerte se expresa, es tema que aquí no podemos tratar despacio.

2. La muerte como separación del alma y del cuerpo

Lo que la fe nos dice acerca de la universalidad de la muerte es una consideración puramente externa a la misma que se refiere a la extensión de este acontecimiento de la vida del hombre, si bien la razón de la universalidad de la muerte entra ya en el campo de lo interno de la misma en el orden actual. Hay una nueva proposición de la doctrina cristiana que se refiere algo más a la naturaleza de la muerte humana, aunque la considera todavía en lo que coincide la muerte del hombre con la de todos los demás seres orgánicos, prescindiendo, de por sí, de lo que a ella pueda añadirle el carácter personal del hombre. Hablamos de aquella descripción de la muerte, tradicional en la predicación cristiana, que la presenta como la separación del alma y del cuerpo. Es verdad que los textos de la Sagrada Escritura que se aducen en favor de esta definición, analizados con una exégesis rigurosamente científica, no la enseñan de un modo explícito. Del Antiguo Testamento, que evidentemente nos enseña la pervivencia del hombre después de la muerte, se cita el texto del Eclesiastés (12, 7) que nos dice que después de la muerte el espíritu vuelve a Dios y el cuerpo a la tierra de la cual fue formado; sin embargo, el verdadero sentido de esta frase sólo indica expresamente que en la muerte Dios retira su influjo vivificante y el hombre baja al sepulcro. Explícitamente, ni afirma ni niega la separación del